

Las voces de las fosas

La búsqueda de las fosas de la Guerra Civil es el punto de partida de una novela negra que pretende reivindicar las voces rojas silenciadas

Título: Pequeñas mujeres rojas

Autora: Marta Sanz

Editorial: Anagrama

Precio: 18,90€



ALAN SALVADÓ

Los cadáveres enterrados en algunas de las cunetas de nuestro país siguen siendo tema de debate y, en el caso de Pequeñas mujeres rojas, fuente libre de inspiración para tejer una inquietante y sorpresiva novela negra que se presenta como espléndida radiografía de la España de hoy. La inspectora de hacienda Paula Quiñones, expareja del detective Arturo Zarco –protagonista de la novela de Marta Sanz Black, black, black– llega al pueblo de Azafrán con el objetivo de localizar e identificar unas fosas de la Guerra Civil. En el cartel de entrada al pueblo, las dos últimas “a” del nombre han sido tachadas y sustituidas por una “u” y una “o” respectivamen-

te: “Azufrón”. Este inocente juego de palabras infantil no tiene nada de ingenuo porque la protagonista, caracterizada por una notable cojera (que remite al mítico Sherlock Holmes), se encuentra con un pueblo cuyos habitantes parecen esconder macabros secretos; la cercanía homófona con el “azufre” del infierno es presagio de mal agüero. Un hedor, el del azufre, que como los misterios no resueltos que han trazado la historia de este pequeño pueblo, parecen surgir de las entrañas de la misma tierra, aquella que Paula tiene la misión de explorar. Sin embargo, a medida que avanza en su tarea, la protagonista empieza a recibir presiones para que abandone su cometido y deje a los muertos en paz y el pasado bajo tierra, aunque en las paredes de Azafrán todavía pervivan los símbolos falangistas: “Caídos por Dios y por España”. Dichas presiones vienen principalmente de los miembros de una de las principales familias del pueblo –apellidada irónicamente Beato– quienes no verán con buenos ojos ni la tarea de Paula ni el hecho que se acueste con uno de ellos: “roja” y lasciva, un cóctel explosivo en este paraje. Regularmente Paula escribe a su suegra, Luz –también protagonista de Black, black, black– para informarle de los progresos en su trabajo como también las crecientes sospechas alre-

dedor de los secretos de la familia Beato. La aparición de un cuaderno del abuelo de la familia donde se revela su trabajo de delator del régimen, es el detonador de una serie de acontecimientos que harán todavía más oscuro el relato, planteando giros en la trama detectivesca que harán muy difícil tanto la reconciliación con el pasado como la resolución de este caso.

A lo largo de Pequeñas mujeres rojas, Marta Sanz no solo pone en evidencia su capacidad para hilar una trama que nos mantiene en vilo de principio a fin sino también su lucidez en la descripción y evocación de los ambientes; una geografía y un imaginario cercanos al western pero con olor a cocido y cachopos sobrevuela el relato. En paralelo, un lenguaje punzante e irónico y los continuos juegos de palabras –la autora habla de “los lazos consanguíneos y consaguinarios” que parecen unir los habitantes de Azafrán– hacen la lectura igual de trepidante que el acontecer de los hechos. Por último, la alternancia de los puntos de vista a través de los cuales vamos avanzando en el alumbramiento de la verdad enterrada enriquece todavía más la historia; siendo especialmente emotivo y chocante cuando las voces de los anónimos desaparecidos toman puntualmente la palabra. Toda una declaración de intenciones.